

¿Por qué algunos ingenieros civiles apoyan el TLC?

Dr. William Vargas Monge
Profesor Asociado e Investigador
Escuela de Ingeniería Civil
Laboratorio Nacional de Materiales y Modelos Estructurales
Universidad de Costa Rica
wvargas@lanamme.ucr.ac.cr

La Cámara Costarricense de la Construcción decididamente apoya al TLC y pide a sus afiliados hacer proselitismo. No sé si la Cámara influye tanto que el mensaje traspasa hasta los dueños de las empresas y de allí a sus ingenieros empleados, pero me he sorprendido mucho de que, ante la pregunta de si apoyan el TLC, algunos ingenieros civiles responden casi de inmediato “¡Por supuesto que sí!”. Los estudiantes también me dicen que existe el estereotipo de asociación “ingeniero civil = profesional liberal = amigo del libre comercio = sí al TLC”. Eso me deja con la cuestión de cuáles son los supuestos que los llevan a responder casi mecánicamente o sin pensar mucho. A continuación escribo algunas reflexiones al respecto.

El TLC es presentado por sus defensores como una panacea para lograr los siguientes objetivos del desarrollo económico, mencionados total o parcialmente por los del “sí”, con menos convicción cada vez ante las evidencias de otros países:

1. Integración de la economía nacional a los mercados globales y por ende aumento de la inversión extranjera en nuestro país y del empleo
2. Disminución de impuestos a los productos exportados por el país a los Estados Unidos y por ende aumento de la ganancia de las empresas productoras nacionales, sus propietarios y empleados
3. Disminución de impuestos a los productos de todo tipo importados desde Estados Unidos por empresas comerciantes locales y por ende reducción de los precios locales de esos productos, con beneficio directo al consumidor. Algunos hablan de materiales para construcción... y se les hace la boca agua con sólo pensar en el negocio.
4. Aumento de la oferta de proveedores privados de servicios de telefonía celular e internet en competencia con el ICE (institución ineficiente) y por ende aumento de la eficiencia en los servicios y disminución de los costos para los usuarios, con beneficio directo al consumidor
5. Aumento de la oferta de proveedores privados de seguros en competencia con el INS (monopolio de arbitrariedades) y por ende aumento de la eficiencia en los servicios y disminución de los costos para los usuarios, con beneficio directo al consumidor

Se dice, además, que es claro que para lograr esos objetivos se deben realizar algunos cambios (leves) a las leyes e instituciones, tanto para la ruptura de los monopolios actuales del ICE y del INS como para el mejoramiento de las mismas, dado que se deberá promover e implementar una “cultura de calidad y competitividad” que ponga al país a la altura de naciones como Corea, Singapur e Irlanda, que han logrado el ansiado desarrollo económico con apertura y “globalización”, gracias a la alta capacidad y nivel educativo de la población. Se razona que, de existir efectos negativos, serán para aquellas instituciones, empresas y/o personas ineficientes o poco competitivas que no estén dispuestas a asumir los riesgos y buscar el camino del éxito en el libre mercado, es decir, aquellas con vicios administrativos, burocracia excesiva y/o mentalidad de “perdedoras”, que no quieren entrar al nuevo milenio ni que Costa Rica lo haga.

Si se tratara solamente de los beneficios planteados, creo que el TLC no tendría opositores tan diversos unidos con un mismo objetivo, ni éstos habrían llegado hasta donde lo han logrado en Costa Rica. Recordemos que contra la voluntad del presidente Arias y sobre todo la de su hermano, el (primer) ministro de la presidencia, el gobierno que primero convirtió al TLC en su único proyecto de desarrollo económico y luego trató de hacernos tragar la medicina a la fuerza, el mismo que consiguió (¿compró?) una mayoría de diputados a favor y en apariencia uniforme y firmemente preparada para pasar por encima de lo que o quien fuera necesario, ha debido quitar la potestad de tomar esa decisión a esos mismos diputados serviles y dejarla en manos del pueblo directamente, mediante el referendo, aunque haya tomado la decisión de la manera más maquiavélica y atropellada. Ahora, a punto de quedarse sin el proyecto único de su gobierno, Arias recurre al miedo (¿qué pasa si no pasa?) por recomendación de su vice y su sobrino. Si los ticos rechazamos el TLC el 7 de octubre los ingenieros no nos quedamos sin empleo ni el país va a ser castigado, eso hay que tenerlo claro. Lo que pasaría es que el país tendría que renegociar el Tratado en otras condiciones y el gobierno quedaría en evidencia como el grupo de promoción de los intereses de los ricos que es y ha sido en las últimas administraciones, desde la primera del mismo Arias.

Recuerdo que uno de los puntos en los que se insistió mucho durante el inicio de la descalificación orquestada contra el movimiento del “no” por los Arias era que “la decisión corresponde a los diputados” porque supuestamente están capacitados y fueron electos para ello (Patiño y otros, 2006). Ahora es claro que no será así. ¿Por qué? La respuesta, aunque obvia, no deja de ser necesaria. En palabras de nuestro propio pueblo: “hay gato encerrado”. Los opositores al TLC se han encargado de ventilar y exhibir al gato y hacernos ver sus filosas garras y su hambre, acumulada durante años de intentar comerse el bocadillo de nuestras mejores instituciones y recursos. (Si usted no conoce aún al “gato encerrado”, mucha gente le puede informar, incluido yo mismo.)

¿Con qué razonamientos se convencen los ingenieros de que el TLC, tal como está, es conveniente y necesario para el país?

Para comenzar, descartemos a quienes prefieren no pensar y dejan que otros tomen las decisiones por ellos o tienen tanto temor de quedarle mal al jefe que no se atreven a pensar siquiera. Creo que ha corrido tanta información sobre el TLC ya que es imposible que un profesional no haya estado expuesto ni se cuestione. Analicemos lo que podrían ser razonamientos o justificaciones para decir que sí, sin pereza o temor.

Muchos ingenieros civiles se autodefinen o aceptan de buena gana el calificativo de “técnicos”, es decir, profesionales especializados a quienes se les contrata para resolver un problema de índole técnica o simplemente para hacerse cargo de diseñar y construir una obra. Como “técnicos”, los ingenieros somos enseñados a no juzgar la moral de quien nos contrata, mientras no sea un delincuente conocido y, sobre todo, mientras nos pague bien. Obviamente, entre más pague, mejor. De hecho, ganar mucho dinero es una de las principales motivaciones para escoger esta profesión. El lema del profesional liberal con el que se identifican estos técnicos es “el cliente siempre tiene la razón”. Por lo tanto, aplicando este principio al escenario del país con inversionistas gringos por doquier, con muchos dólares y necesitados de infraestructura para montar sus empresas tipo TLC, la promesa para el ingeniero civil es realmente apetitosa. Sino, veamos simplemente la realidad actual en Guanacaste: hoteles, marinas, mansiones y condominios que casi suman kilómetros cuadrados de construcción, de y para los gringos, hechos por arquitectos e ingenieros civiles ticos, quienes además están felices de hacer negocios con los propietarios. Todo eso, ¡sin TLC!

El problema moral de si esa infraestructura y esa empresa que comiencen a funcionar con nuestra asesoría técnica van a ser la causa de cambios sociales y políticos inconvenientes para el país, a ese ingeniero o técnico del sí le tiene sin cuidado. Es más, el ingeniero más estudioso e “inteligente”, le podría incluso dar la bienvenida al cambio porque considera que “en el progreso siempre hay perdedores”, conocidos técnicamente como “efectos secundarios”, dado que los “efectos primarios” o el objetivo principal serían en este caso los sacrosantos principios de la economía liberal y uno de los más elevados es el del “libre” comercio. En su desempeño histórico, el ingeniero civil ha ido muy detrás de los movimientos sociales que defienden la salud y al ambiente de los efectos negativos causados por la explotación de recursos naturales, porque, básicamente el ingeniero civil no cuestiona la moralidad de lo que construye. Eso quiere decir que, si no fuera exigido por la ley, como consecuencia de luchas sociales en las que pocos ingenieros participaron, en la práctica actual de la ingeniería en el mundo y en Costa Rica no se harían estudios de impacto ambiental ni se medirían los “efectos secundarios” que el cliente no quiera ver. Hasta los ingenieros del ICE mismo han sido señalados por eso, así que no es de sorprenderse.

Volviendo al ejemplo de Guanacaste, los “técnicos” no cuestionan si una cancha de golf consume al día la cantidad de agua que necesita un pueblo vecino de pescadores para su supervivencia. Los “técnicos” simplemente encuentran la fuente de agua, diseñan el acueducto, obtienen los permisos con un estudio de impacto ambiental hecho a penas para cumplir con requisitos legales, construyen el acueducto y verifican que funcione correctamente. Si el pueblo de pescadores pierde el agua, dado que el nuevo acueducto para la cancha de golf es realmente un buen trabajo “técnico”, es porque son “perdedores”, es su culpa por no tener educación ni dinero suficiente para contratar su propio ingeniero o abogado que los defienda o les mejore la infraestructura, ¡*jidai*!, salados los limpios, pero esa es la cruda realidad! No hay nada que hacer porque el trabajo profesional se paga, no se regala. Lo paga la empresa dueña del campo de golf, no se regala a los compatriotas necesitados. Los pobres no existen en la conciencia de estos técnicos porque simplemente no son clientes potenciales.

Además de ese conjunto de ingenieros que no ven la moral en lo que ayudan a construir o destruir, hay otros técnicos que ven toda relación con los Estados Unidos como buena y deseable, ya sea porque vivieron, viajaron o estudiaron allí, porque quisieran haberlo hecho o porque al menos reconocen que nuestra práctica de la ingeniería, como muchos otros aspectos de nuestra cultura actual, es mayormente una derivación de la de ese país, a veces sin adaptación o muy mal adaptada. En fin, esas son personas que sienten una profunda admiración por el gobierno y el desarrollo tecnológico de “los americanos” (como los llamó René Castro, en el debate sobre ambiente y TLC del TSE en Canal 13). Algunos de estos ingenieros no sólo admiran a los gringos sino que se *despavilan*, por ejemplo, para tener la representación de productos y equipos “americanos” esenciales en la ingeniería civil, tal como los abogados esposos de las negociadoras del TLC y las diputadas de la Comisión con las empresas de productos farmacéuticos y de armamento. ¿Y, por qué no, soñar hasta con abrir una sucursal o “branch office” de alguna empresa influyente para maquilar ingeniería o importar productos y materiales de construcción “americanos” originales sin impuestos?

Me parece lógico que quien tenga recursos para jugar a ese nivel en la ingeniería civil defienda al TLC como su puerta al futuro. De nuevo, ¿dónde está la cuestión moral sobre todas las otras implicaciones del TLC? Volvemos a que el principal interés del “técnico” es su bienestar personal, lo cual es perfecto para el neoliberalismo. La teoría económica detrás del neoliberalismo establece que una vez que el vaso de los más ricos esté rebosante, la leche comenzará a derramarse y llegará a los vasos de los que siguen y así sucesivamente con todas las “capas” socioeconómicas subyacentes. Pero resulta que los pobres también son seres humanos y no pueden esperar a que los vasos de todos los de arriba estén llenos para comenzar a alimentarse. Si no tienen el acceso porque el sistema se los limita cada vez más, comenzarán a tomar la leche a la fuerza. Y eso no puede ser bueno para nadie, aunque viva detrás de muros y agujas con guardias de seguridad. Quien quiera vivir así tendrá que conseguir, además de fortaleza, carro blindado y escolta.

También como resultado de ese enfoque egoísta en el bienestar personal, hay ingenieros civiles cínicos e indiferentes a todo lo que afecte a la institucionalidad de la nación. Según estos, los problemas de que el ICE o el INS sean sustituidos por empresas privadas en los servicios que prestan no es relevante porque esas instituciones “son un atraso”. Me dijo un ingeniero: “vea lo que tardan en darle una línea telefónica, son meses, no hay quien pueda hacer negocios de esa manera”. De nuevo, si solo importa mi beneficio personal, entonces lógicamente apoyo el TLC para que entre la competencia y les enseñe a esos sindicalistas *vividores y buenos para nada* lo que es un servicio al cliente que valga la pena. Y si se va a perder algo, pues sí, “siempre hay perdedores”. Lo importante, según este razonamiento, es estar entre los “ganadores”.

Para los técnicos que tienen su visión “pragmática” de la vida y le ponen números a todo, asuntos como la soberanía nacional, la política económica del país o los roces constitucionales de un tratado no son nada “cool”. Si esas “varas” fueran atractivas para los ingenieros, seríamos licenciados en ciencias políticas o en derecho pero no, nada que ver. “¿Para qué se meten los del no a cuestionar y enredar? Ya la Sala IV se pronunció”. Esa visión “pragmática” o actitud indiferente va de la mano y sirve de complemento a la mezquindad y egoísmo del técnico que sólo piensa en su ganancia.

¿Y qué hay de malo en ser egoísta? ¿No es algo natural? Sí que lo es y se observa hasta en los niños. Lo que hay detrás del egoísmo es un instinto de supervivencia y como tal fue puesto por Dios en nuestros genes. Hay psicólogos y la sociólogos gringos que tratan de explicar las conductas tipo rapiña en los hombres y mujeres de negocios de ese país como algo normal, y hasta con el subtexto de “*¡Está en los genes, está bien! No hay que preocuparse de lo que les pase a los perdedores. Después de todo, somos animales*”. La pregunta es, ¿somos solamente animales que luchan por su supervivencia y la de sus cachorros? Entre aceptar que el egoísmo es natural y dejarse llevar por el egoísmo hay una gran diferencia. Dios también nos dio la compasión, la solidaridad y otras formas de conducta humana que llegan hasta dar la vida propia para garantizar la supervivencia del grupo y no sólo la del individuo. Esas conductas también están en los genes, aunque a los gringos les cueste verlas y aún más hacer que su sistema de vida las refleje.

Por todo lo expuesto, es lógico que quienes piensan sólo en su propia ganancia y beneficio apoyen el TLC. Hay quienes ven la oportunidad para ellos con este TLC y creen que todos debemos correr a apoyarlo aunque haya perdedores, porque nos vamos a quedar rezagados y “se nos pueden ir arriba los nicas”. Pero tal vez no se dan cuenta de que la diferencia entre nuestros dos países es que nosotros tenemos mucho que perder mientras que ellos tienen mucho que ganar para apenas llegar a estar como nosotros hemos estado y disfrutado durante 50 años, gracias a las instituciones del Estado como el ICE, el INS y la CCSS. Antes existieron otras como el CONAPRO, con sus estancos o expendios tipo pulpería, cerrados por Arias en su primera administración.

Valga la pena recordar el origen de una buena parte de los ingenieros civiles, quienes como la mayoría de los costarricenses no tenemos apellidos que suenan a dinero o poder, menos a casta o aristocracia. Costa Rica ha sido, a diferencia del resto de países centroamericanos, una sociedad con una gran clase media. Nosotros, los ingenieros y profesionales nacidos en la clase media hemos tenido acceso a la educación, la salud y los servicios brindados por el Estado con los impuestos que pagamos obligadamente y sin atraso, casi sin sentirlo. Pero ahora, los ricos que nunca han pagado todos los impuestos que deberían, que constantemente “le amarran el perro” a la Caja del Seguro Social y que han obtenido préstamos del propio Estado o hasta del endeudamiento nacional, préstamos que se embolsan y despilfarran y que todos debemos pagar después, vienen a decirnos que ya basta del Estado benefactor, que es hora de entregarles, a ellos y a sus amigos-socios gringos o mexicanos multimillonarios, lo mejor que hemos tenido, los negocios más jugosos en la modalidad de “burro amarrado, tigre suelto”. Los profesionales de clase media debemos ver en esto un ataque a nuestra propia posibilidad de existir. Tal vez una vez que alcanzan el “éxito” (mucho dinero) algunos ingenieros hayan olvidado su origen porque, en el mejor de los casos, han promovido el estatus socioeconómico de su familia y garantizado un mejor futuro a sus hijos, pero esa es una posición que además de cómoda es tremendamente egoísta, descaradamente cínica y socialmente suicida.

De nuevo, si el TLC no pasa, aquí probablemente no pase nada malo para la ingeniería civil. Al contrario, ya están pasando cosas buenas. Actualmente hay escasez de ingenieros y obreros para atender la demanda de Guanacaste, sin TLC. Según la misma Cámara de la Construcción el déficit de obreros llegará a 40.000 en los dos años próximos. La promesa de nuevos empleos del TLC es de apenas 16.000 en 6 años y en sectores de producción especializada. Los obreros nicas se están repatriando o yéndose a El Salvador y lo seguirán haciendo, sea que Costa Rica entre o no al TLC. Se van porque la demanda de mano de obra poco calificada en esos países ha aumentado tanto como en Costa Rica y porque aquí el costo de la vida es más alto. Las empresas transnacionales que puedan venir a Centro América a emplear mano de obra poco calificada seguirán escogiendo a esos otros países donde la carga de seguridad social no es tan alta.

Por último, Costa Rica tiene opciones de desarrollo económico pero Arias no tiene otro proyecto de gobierno. Eso no es culpa de nosotros. Es suya solamente.